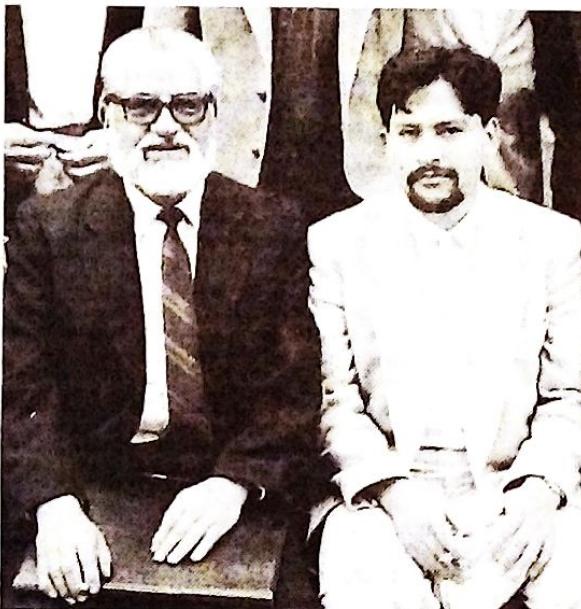


Víctor Montoya



El Itinerario de

Alberto Guerra Gutiérrez, fallecido el pasado 7 de septiembre a causa de un paro. Bolivianos en Europa, que se realizó en Estocolmo, Suecia, en septiembre de 1991



Alberto Guerra junto a
Víctor Montoya

Las conteras palabras de Alberto Guerra Gutiérrez*, autor de una veintena de poemarios y varios textos de investigación en el campo de la etnografía y el folclor, nos acercan en esta entrevista a su itinerario de vida: a sus experiencias en el ámbito minero, a su quehacer literario y a su particular percepción del mundo mágico y mítico de las culturas andinas, cuyos ritos de adoración a sus seres tutelares y tradiciones milenarias, han sobrevivido a la imposición cultural de Occidente, que intentó exterminar, cruz y espada en mano, las creencias paganas y las costumbres ancestrales de las civilizaciones que los conquistadores creyeron descubrir en el llamado Nuevo Mundo.

Los primeros pasos

—¿Dónde transcurrió tu infancia y cómo recuerdas tu adolescencia?

—Yo hice el kindergarten en Siglo XX, cuando mi padre, que era técnico de la Empresa Patiño, fue transferido a ese distrito minero. También recuerdo al profesor Muñoz, a quien lo respetaban por su severidad y disciplina férrea. Más tarde, cuando mi padre volvió a ser transferido a las minas del Sur, proseguí mis estudios primarios en la Escuela Alfonso Muñoz. La secundaria la hice en el Colegio Saracho de Oruro, primero en el diurno y luego en el nocturno, debido a que, por ese entonces, empecé a trabajar en la mina, en una cuadrilla compuesta por 13 obreros, cuyo maestro principal era Manuel Fernández. Por supuesto, yo ingresé a la mina con los ojos abiertos y la mina hizo carne en mí.

—¿Cuál fue el motivo que te llevó a trabajar en el interior de la mina?

—El motivo fue de carácter económico. Nosotros éramos una familia muy numerosa, y mi padre, quien se retiró de la Empresa Minera Catavi sin derecho a indemnización alguna, nos puso en aprietos económicos. De modo que todos mis hermanos mayores se encamaron en busca de trabajo y yo hice lo mismo. Esto me llevó a entrar al interior de la mina, como ayudante de Carlos Arce, un pirquero (contratista), que fue retirado más tarde, abrumado por sus deudas a la Empresa. Sin embargo, como los demás trabajadores de la cuadrilla reclamamos por nuestros derechos, la Empresa Minera San José nos reincorporó bajo un contrato colectivo. Yo seguí siendo el número 13 de la cuadrilla y trabajé durante un año y medio, un tiempo que fue decisivo en mi vida, no sólo porque determinó en mi formación, sino también en la consolidación de mis ideales y mis sentimientos hacia los trabajadores del subsuelo. Cuando egresé de la mina, busqué nuevas situaciones

y experiencias. Me inscribí en la Escuela Normal y proseguí mis estudios, hasta que, en 1954, pedí voluntariamente ser destinado a Kalaricagua, distrito aledaño a la población minera de Huanuni, donde permanecí durante cinco años, antes de viajar a La Paz y retornar a la Empresa Minera San José. De modo que gran parte de mi vida, incluso profesional, la pasé en los centros mineros, realidad de la que no me desvinculé ni siquiera cuando empecé a publicar mis libros.

El despertar poético

—¿Cuándo empezó tu interés por el quehacer poético?

—En mi vida tuve dos profesores: uno ha sido Juan Rebollo, quien, estando yo en el quinto o sexto curso de primaria, fue el primero en hablarnos de la métrica del verso y de la gramática castellana. Él nos enseñó la composición de las coplas y los versos. A mí me gustaron mucho sus lecciones y escribí, a modo de ejercicio, muchas coplas, que acabaron gustando entre los compañeros de mi clase. Por desgracia, no he tenido el cuidado de conservar estas primeras composiciones. En secundaria tuve otro gran profesor de lengua y literatura, Luis Carranzas Siles, quien, con paciencia y habilidad didáctica, nos introdujo en el estudio de la literatura. De este modo empecé a leer seriamente las obras de los clásicos, como "Don Quijote" de Cervantes y "Hamlet" de Shakespeare. No sólo aprendí a memorizar los versos de Bécquer y Espronceda, sino también a estudiarlos, junto a otras obras del modernismo literario que, habiendo nacido en América a principios de siglo XX, vivían de España con voces tan firmes como las de García Lorca y Juan Ramón Jiménez. Ahora bien, estando todavía en el colegio, me reuní con algunos amigos, con Humberto Jaimes, Ricardo Lazzo y Héctor Borda, entre otros, que formaban parte de la segunda generación de Gesta Bárbara, movimiento poético al que yo me incorpore en 1947. Desde entonces, empecé a asumir con seriedad el quehacer poético, pero pensando siempre en poner la poesía al servicio de los oprimidos, tratando de hacer de la poesía "la voz de los sin voz". Creímos que el sector minero estaba demasiado reprimido no sólo social y económicamente, sino también espiritualmente; por eso, tanto Borda Leaño como yo, tráftamos de seguir los surcos trazados por Luis Mendoza, Wálter Fernández Calvino y otros, y tráftamos de hacer una poesía minera, denunciando las atrocidades y las injusticias que se cometían contra este sector.

Gesta Bárbara y la resistencia poética

—Por entonces, ¿combinabas el trabajo con tus estudios?

—Sí, trabajaba durante el día y estudiaba por las noches. Por esos mismos años, Héctor Borda, que había sufrido ya la persecución y el confinamiento, entró a estudiar en el Colegio Saracho nocturno, donde nos hicimos amigos y empezamos a buscar nuestras afinidades poéticas, hasta que ingresamos al grupo Gesta Bárbara. Desde entonces no hemos dejado de ser amigos ni hemos dejado de escribir poesía. En mi caso, he dedicado el 60% de mi vida a cultivar este género literario y a incentivar a los poetas jóvenes, a darles oportunidades que nosotros no tuvimos, puesto que se nos relajó cada vez que

queríamos publicar un poema en las páginas de "La Patria" o "La Mañana" de Oruro. Frente a esta experiencia, que fue muy dura para nosotros, concebimos la idea de ofrecerles mejores posibilidades a los nuevos valores.

—Cuando hablas de Gesta Bárbara, lo nombras a Héctor Borda como a uno de sus integrantes. Sin embargo, en una conversación informal, él me manifestó que nunca fue miembro de Gesta Bárbara, debido a la tendencia política que imperaba en ese grupo. ¿Qué puedes decir al respecto?

—Como tú sabes, Héctor Borda es un poco especial, a veces se dice que no, sabiendo que es evidente. Por lo tanto, no sabemos cuándo Héctor está hablando en serio y cuándo en broma. Lo único cierto es que Héctor Borda me puso en contacto con Gesta Bárbara. Además, no se debe olvidar que este movimiento poético fue importante en su época. Muchos de los que han militado en sus filas, ya sea en Oruro, La Paz, Potosí o Cochabamba, se han proyectado como figuras señeras en el ámbito de la poesía nacional, sin nombrar, por supuesto, a quienes fallecieron como Jaime Canelas, Coco Cossío, Humberto Jaimes, Óscar Alfaro, Gustavo Medina Cal y Hugo Molina Vialta, todos ellos representados en sendas antologías. Entre los que están todavía vivos, tenemos a Gonzalo Vásquez, Terán Cavero, Alcira Cardona, Carlos Mendoza Camacho y muchos otros, cuya calidad literaria es indiscutible en las letras bolivianas.

¿Cómo defines la manifestación poética de Gesta Bárbara?

—Gesta Bárbara, que vino agitando las banderas del surrealismo, no es ya la hoguera que fue en otros tiempos, debido a que ha sido superada por otras corrientes poéticas modernas. Sin embargo, Gesta Bárbara sigue siendo una manifestación poética realista, desde el instante en que habla de los mineros y las injusticias sociales, incluso Julio de la Vega, que aún está vivo y es uno de nuestros grandes valores, no se dejó arrastrar por la corriente surrealista, y, a pesar de haber estado en Europa, él prefiere seguir hablando sobre las grandes catedrales o las prostitutas de París, que son temas sociales, pero también reales. Entonces, yo diría que, la intención de fundar la segunda generación de Gesta Bárbara, impulsada por Gustavo Medina Cal, fracasó en su intento de imponer una escuela, y, claro, aunque él mismo escribió una poesía encaminada hacia el surrealismo, tampoco pasó más allá del intento, probablemente, porque la situación política y social del país hacían que el poeta hable del hambre y las injusticias, y no de los anaqueles del grito.

De esa época, ¿cuáles son las anécdotas que más recuerdas?

—Los dos recitales que dimos en la mina, uno a fines de 1947, en el despacho mismo de la Salvadorita, antes de que los obreros entraran a trabajar. Fue un recital muy corto pero muy respaldado y aplaudido, y, de 1963, en plena época de la atroz dictadura de Paz Estenssoro. Nosotros, como lo combatíamos desde las trincheras de la poesía, dimos incluso un recital en Oruro, que se llamó: "Recital de Invierno, breve cursillo para derrotar tiranos". Lo recuerdo muy bien, porque tuvimos una guardia de mineros, los mismos que, cartuchos de dinamita en mano, estaban dispuestos a enfrentarse a los aguerridos captores del gobierno en caso de arremetida. Dos experiencias que no he olvidado jamás, y que me recuerdan siempre a Héctor Borda, con quien he compartido estas visitas y alegrías.

Manuel Fernández y el itinerario de la muerte

Para quienes no conocen, ¿quién fue Manuel Fernández?

—Era el jefe de mi cuadrilla en el interior de la mina, el maestro principal. Lo conocí antes de que fuera retirado por su enfermedad de trabajo, cuando ya no le servía a la Empresa. Después trabajó como cargador en los mercados y, como decímos en Oruro, se dedicó a ser "artílero" (alcohólico crónico). Yo hice un seguimiento del destino de este hombre, hasta que se murió reventado por la silicosis y el alcohol; por eso el poema tiene tres instantes: Manuel Fernández en la mina, en la calle y cuando muere. El primer poema es, en realidad, un retrato de Manuel Fernández; cómo vive en la mina, cómo es en la mina y cómo la mina se revela en él, porque cuando está trabajando se lo ve ágil y vital, pero cuando sale a la superficie, con asuntos de la pulpería (almacén de alimentos de la Empresa) o para cobrar el salario de los trabajadores, se convierte en un hombre muerto, en una especie de lagarto quemado al sol. Pero, apenas entra a la mina, vuelve a ser una ardilla. Cuando la Empresa ya no requiere de sus servicios, Manuel Fernández se dedica a trabajar como cargador en los mercados. En tales circunstancias, para cualquier minero acostumbrado al trabajo forzoso, empieza su calvario y toma la decisión de morirse lentamente; y la mejor manera de morirse lentamente, es morirse alcoholizado. De ahí que la segunda parte, que se refiere a su vida como rentista, titula: "Manuel Fernández está en la calle", o, por mejor decir, está en lo peor de su vida. La tercera y última parte dice: "La muerte es Manuel Fernández", y no "La muerte de Manuel Fernández". Lo que yo intento mostrar en este tercer poema es el hecho de que la muerte es un acontecimiento transitorio, ya que Manuel Fernández es una metáfora,

